

sentía vacilar el pavimento bajo sus plantas, y veía abrirse el techo sobre su cabeza. Quiso cubrir sus ojos con las manos, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Se creyó suspendido y arrebatado por manos invisibles; brillaron á su alrededor relámpagos rojos; faltó aire á sus pulmones; le cegó luego una oscuridad profunda, y cayó desplomado.



X.

LOS AMIGOS.

WUILLERMO, el Coronel y el Barón no eran hombres excesivamente dedicados á prácticas devotas, pero se hacían cruces, sin saber á qué atenerse, respecto á la conducta que observaba el primo Guillén. Desde la noche del teatro, cuyas escenas quedan referidas, no se le veía por ninguna parte, ni en su misma casa, pues no recibía en ella ni á sus tres íntimos amigos.

Algo extraordinario debía ocurrirle que explicara la impenetrable reclusión á que se había sometido.

¿Estaba enfermo?... He ahí una pregunta, á la que el lacayo impasible que cerraba el paso á las visitas de los amigos, respondía moviendo la cabeza de modo que parecía decir sí y no al mismo tiempo.

No todos los criados de la casa eran tan dis-

cretos como el lacayo, y el Barón había llegado á averiguar que Guillén pasaba el día en su cuarto; que de noche hacía registrar todas las habitaciones; que únicamente dormía algunas horas de la mañana; que comía poco, y que hablaba solo.

Cuando los tres amigos se enteraron de estas circunstancias, el Coronel resolvió la dificultad, diciendo:

—¡Bah! Está loco; tres veces me he visto despedido por su lacayo, y esto es excesivo.

El Barón, dispuesto siempre á verlo todo de color de rosa, replicó, exclamando:

—¡Loco!.... no.... Debemos decir que está enamorado.... Tengo algunos indicios; y, por lo que se ve, se encuentra en la luna de miel de un amor repentino.

—¡Bah! (añadió Guillermo): la cosa es la misma; enamorado ó loco, ¿qué más da?...

—Positivamente (siguió diciendo el Barón) es en estos momentos el ser más dichoso de la tierra.

—Es muy posible (añadió Guillermo), porque ahora recuerdo que la última noche que lo vi en el teatro parecía embebido en la contemplación amorosa de un hermoso cadáver de mujer, que yacía, digámoslo así, en su butaca, como si estuviera allí de cuerpo presente.

—Eso es (añadió el Barón). Positivamente

aquella mujer muerta le ha sorbido el seso.... Es una aventura póstuma que debe tener muchos encantos; á lo menos, es un caso original, enteramente nuevo.

—Y el tipo (observó Guillermo) es de una pureza admirable. Podría tomarse por una odalisca del tiempo de Boabdil recién salida del sepulcro. Yo no doy preferencia á ningún tipo determinado; una mujer es siempre una mujer; pero reconozco que Guillén ha encontrado una belleza casi arqueológica, digna de un museo.

—¡Oh! (exclamó el Barón.) Lo extraordinario no es precisamente el tipo.... Lo singular consiste en que una muerta haya encendido en el corazón de Guillén el amor, que es la vida.... ¡Ah! La muerte tiene también sus delicias. Esa cita al otro lado del sepulcro, es envidiable.

—¡Phs! (replicó Guillermo.) Muertas ó vivas, las mujeres son siempre las mismas.

El Coronel miraba á uno y á otro alternativamente, sin entender el sentido de lo que hablaban.... No era la paciencia su virtud dominante, y empezaba á fastidiarse de aquella conversación sin pies ni cabeza. Además, la conducta de Guillén no le hacía maldita la gracia, y se sentía muy dispuesto á penetrar en el secreto de aquel extraño proceder á viva fuerza; este era su temperamento. La punta de su espada era bastante más aguda que su entendimiento, y á

sus ojos todo se reducía á cuestión de estocadas.

—Me parece (dijo) que hablan Vds. en griego; no sé qué muerta es esa que traen Vds. entre manos, pues lo único que saco en limpio es que Guillén nos ha cerrado las puertas de su casa sin explicación y sin excusa; es una provocación terminante que yo me encargo de recoger.

—No veo (replicó el Barón) que tengamos derecho á allanar la casa de un amigo que tiene razones particulares para permanecer encerrado en ella.

—Por mi parte (añadió Guillermo), encuentro dos puntos de vista opuestos é igualmente aceptables. Realmente, no tenemos derecho á obligar á nadie á que nos tenga siempre de par en par abiertas las puertas de su casa; pero, al mismo tiempo, no es lícito que un amigo se empeñe en presentárnoslas siempre cerradas.

—Ese es mi punto de vista (dijo á su vez el Coronel). Si Guillén se ha dedicado á enamorarse á una muerta, comprendo que se sepulte vivo entre las cuatro paredes de su casa; pero no estoy dispuesto á consentir que nadie me dé con la puerta en las narices.

—Supongamos que ha muerto (advirtió el Barón); porque bien podemos creer que ha pasado á mejor vida. Ha sido una muerte repentina, y no ha tenido tiempo para despedirse de los amigos.

—Pues yo (insistió el Coronel) no renuncio fácilmente á mis propósitos, y soy muy capaz de ir al otro mundo á reclamarle la explicación que necesito, y entonces veremos.

—Me parece más cómodo (observó Guillermo) esperar á que resucite, pues debemos presumir que no se habrá muerto para toda la vida: él volverá al mundo.

—No, —dijo el Coronel, puesto ya en el disparadero.

—En ese caso (volvió á insistir Guillermo), va V. á hacer un viaje inútil.

—¿Por qué? —preguntó el Coronel con visible impaciencia.

—Porque en el otro mundo no hay duelos: la razón es clara; los duelos se despiden en el cementerio.

Guillermo y el Barón estuvieron á punto de soltar la carcajada: pero la fisonomía del Coronel tomó todo el aspecto de un día nublado; relampaguearon sus ojos prontos á lanzar el rayo, y los dos amigos detuvieron la risa que hormigueaba en sus labios, porque el Coronel iba á reventar como una bomba.

—Bien (murmuró, conteniendo los primeros ímpetus de su enojo. Después, alzando la voz, siguió diciendo): Por de pronto, no hay necesidad de llevar las cosas tan lejos, porque aun cuando Guillén haya muerto, el hecho es que

vive todavía en su casa, y podremos entendernos.

—¿Cómo?—preguntaron á la vez el Barón y Guillermo.

—Es muy sencillo (les contestó). Vds., que están perfectamente enterados del caso, se encargarán de pedirle en mi nombre explicación de su conducta.

—Preveo la respuesta,—advirtió Guillermo.

—Veamos,—dijo el Coronel.

—Contestará sencillamente: «Decidle á ese caballero que he muerto.»

—En ese caso, le suplican Vds. con toda eficacia que resucite, aunque no sea más que por una hora.

Los dos se miraron sin atreverse á sonreír, y á un mismo tiempo se inclinaron, aceptando en silencio el encargo que se les daba. Ambos eran hombres de buen humor y bastante desocupados para desperdiciar la ocasión que se les presentaba. Por otra parte, no dejaba de ser misteriosa la reclusión á que Guillén se había condenado, y el encargo del Coronel venía á ser como la llave con que podrían abrir la puerta de aquel misterio.

Entrambos se encaminaron á cumplir la comisión de que acababan de encargarse, y el Barón decía:

—Es curioso esto; Guillén parece seducido por los encantos fúnebres de una muerta, que, por

lo visto, ha salido de la sepultura sin más propósito que el de atraparle: el Coronel se empeña en provocar un lance de honor con un hombre que se ha enterrado vivo, y á nosotros, que nos va bastante bien en esta vida, nos pone de la noche á la mañana casi con un pie en el otro mundo.

—La broma (añadió Guillermo) no deja de ser lúgubre. He aquí que vamos á llamar á la puerta de un sepulcro.

Los dos amigos llegaron á la casa de Guillén, y subieron lentamente la escalera. Al encontrarse delante de la puerta del cuarto principal, se detuvieron, y á la vez aplicaron el oído. Dentro reinaba un silencio profundo; parecía una casa deshabitada.

—No creo (dijo el Barón) que esta puerta sepulcral se abra por la sola virtud de nuestra presencia.

Y diciendo y haciendo, tiró del llamador, agitando el timbre, que resonó áspero y ahogado como un gemido.

Esperaron, y la puerta permaneció cerrada.

Volvieron á llamar, y se abrió silenciosamente, como empujada por una mano invisible. Penetraron en el recibimiento, y la puerta se cerró detrás de ellos, dejándolos envueltos en oscuridad profunda.





XI.

SOMBRAS.

POR de pronto , el Barón y Guillermo se encontraron envueltos en espesas tinieblas, en medio del más profundo silencio; mas poco á poco se fué disipando en parte la obscuridad que los rodeaba, iluminándose débilmente el recibimiento con una claridad confusa, semejante á la primera luz imperceptible y vaga del crepúsculo.

La estancia en que se hallaban les era conocida: muchas veces habían dejado en ella sus abrigo y sombreros; pero en el momento que nos hallamos les era imposible reconocerla; las paredes se desvanecían fantásticamente en la obscuridad, los ángulos desaparecían en las tinieblas, y los cortinajes que cubrían las puertas

parecía que flotaban como nubes suspensas en el aire.

— ¡Demonio! (exclamó Guillermo.) Decididamente hemos entrado en la mansión de las sombras.

— Y, por lo visto (añadió el Barón), en este otro mundo no están en uso las costumbres que practicamos los simples mortales. ¡Qué diablo!... En esta casa no ha amanecido todavía, y son ya las seis de la tarde; á nadie encontramos que pueda anunciar á Guillén la visita de sus amigos, lo cual no dejaría de ser cómodo si tropezáramos con alguna puerta que nos condujese á sus habitaciones; pero la busco inútilmente, porque las paredes parece que huyen de nosotros.

— En verdad (dijo Guillermo, contestando al Barón), yo no sé dónde me encuentro; ando á tientas...., es informe todo lo que nos rodea, y empiezo á sospechar que hemos caído en un pozo.

— El caso es (observó el Barón), que nosotros hemos entrado por una puerta; y si hemos caído en un pozo, no es, por lo menos, un pozo sin salida.

— Sin duda (añadió el otro); pero ¿dónde diablos está la puerta por donde hemos entrado?

— Por aquí debe estar (contestó el Barón), si es que en las regiones de la otra vida no hay la

costumbre de suprimir las puertas luego que por ellas se entra; y temo que así sea, pues los que una vez las pasan, no vuelven más á este mundo. Pero ¿qué nos importa ahora la puerta por donde hemos entrado?... Porque no hemos de dejar sin cumplimiento la comisión que traemos. Nosotros no podemos salir de aquí honrosamente sin haber hablado á Guillén.

— Perfectamente (replicó Guillermo); mas una puerta es siempre una puerta, y debemos presumir que la luz que tan claramente ilumina la escalera por donde hemos subido, penetrará aquí, y podremos saber en dónde nos encontramos; si esta es una casa ó una caverna; si estamos en este mundo ó en el otro.

— ¡Somos unos imbéciles! —exclamó el Barón.

— ¿Por qué? —preguntó su amigo.

— Porque tenemos un medio seguro.

— ¿Cuál?

— Nadie nos impide alzar la voz, y llamar. Las almas en pena que habiten este palacio encantado, no han de ser sordas como una tapia.

— Bien podremos desgañitarnos (replicó Guillermo). Porque la cosa es clara: si los seres que aquí habitan duermen en efecto el sueño de la eternidad, hágame V. el favor de decirme quién podrá despertarlos.

No sé con qué razones hubiera disipado el Barón la dificultad que le presentaba su amigo;

pero es lo cierto que ambos se estremecieron á la vez, como si una corriente eléctrica los hubiese invadido.

—¿Qué es esto?— preguntó el Barón con voz muy apagada.

—¡No sé! (contestó Guillermo en el mismo tono.) Parece que un rayo sordo é invisible ha crujido sobre nuestras cabezas....

Guardaron silencio por algunos momentos, redoblando la atención de los oídos; mas no pasó mucho tiempo sin que experimentaran el asombro de una nueva sorpresa. Sin saber de dónde venía, y más bien como si viniera á la vez de todas partes, percibieron clara y distintamente un prolongado suspiro, semejante al soplo ansioso de una respiración largo tiempo contenida.

—¡Demonio! (exclamó el Barón.) Esto es poco divertido. Nos va á ser preciso creer que estamos en un mundo invisible.

—Sin duda (dijo Guillermo) lo estamos, puesto que nada vemos.

Apenas acababa Guillermo de pronunciar estas palabras, cuando el chasquido sordo que poco antes les había llamado la atención crujendo sobre sus cabezas, volvió á sonar con más fuerza, y en el instante mismo el timbre, violentamente agitado, resonó dentro de la estancia. Entonces los dos amigos vieron levantarse

una sombra del fondo de la obscuridad, abriéndose en seguida la puerta de la escalera. Una figura humana apareció en ella, al mismo tiempo que una voz, con muy marcado acento extranjero, preguntó, diciendo:

—¿*Monsieur* Raimundo Guillén?

—Adelante,— dijo el Barón.

La luz de la escalera penetró en el recibimiento, y los dos amigos pudieron reconocerlo, distinguiendo, casi detrás de la hoja de la puerta que acababa de abrirse, al lacayo de Guillén, restregándose los ojos, y mostrando la boca sumamente abierta por el impulso de un bostezo interminable.

—¡Ah, bribón! (exclamó Guillermo.) Duermes como un descosido.... Se conoce que has almorzado fuerte.... y haces la digestión burlandote de nosotros.... ¡Ea! Á ver si acabas de despertarte.

—Es inútil (advirtió el Barón): ese imbécil no puede tenerse en pie, y bastante antesala hemos hecho ya á nuestro íntimo amigo. Aquí está la puerta que conduce á sus habitaciones; seremos nosotros los que le anunciemos nuestra visita.

Y diciendo y haciendo, levantó una pesada cortina, y desapareció detrás de ella; siguiólo Guillermo, y la figura humana que había preguntado por *Monsieur* Raimundo Guillén vaciló

un momento, pero al fin se adelantó tímidamente, y como una sombra se deslizó también por detrás de la cortina. Por lo que hace al lacayo, los vió desaparecer con ojos estúpidos, se encogió de hombros, y dando media vuelta, se dejó caer sobre un banco del recibimiento, quedando nuevamente dormido, si es que había llegado á despertarse.

Al entrar el Barón en la pieza inmediata, se detuvo, diciendo:

—¡Esta es la casa de las tinieblas!.... ¡Diablor! Aquí también nos encontramos á obscuras. Desde que pusimos el pie en esta casa, no vemos más que sombras.

En efecto: los dos balcones de la sala en que acababan de entrar, intermedia entre el comedor y las habitaciones de Guillén, estaban cerrados, no entrando más luz que la que permitían las juntas de las maderas. Dirigióse el Barón á uno de ellos y lo abrió, y la claridad del día se esparció por la estancia, dejando ver los dos grandes espejos que cubrían las paredes, cubiertos con grandes fundas de tela oscura.

Los dos amigos se miraron indecisos; no se determinaban á seguir adelante, detenidos por un secreto impulso que los contenía. Acaso se hallaban en presencia de un secreto que no tenían derecho á sorprender. Empezaban á advertir que se respiraba en aquella casa una atmósfera lúgu-

bre.... que había allí, en aquella soledad, en aquellas sombras y en aquel silencio, algo sepulcral, algo pavoroso. Se detuvieron, pues, como el que se encuentra delante de una profundidad desconocida ó de una obscuridad inesperada.... Tampoco era cosa de retroceder. Habían puesto la mano, por decirlo así, en la llave que guardaba el misterio, y experimentaban la doble atracción que el interés y la curiosidad ejercen.

Guillermo halló modo de salir de la perplejidad en que se encontraban, agitando el cordón de seda que pendía de la pared, junto á uno de los espejos enlutados. Inmediatamente resonó al otro lado del comedor la campanilla, atribulada como una voz que pide socorro, y un instante después se presentó el criado más antiguo de la casa, el jefe, digámoslo así, de la servidumbre del primo Guillén.

Al ver las personas que había en la sala, se detuvo, exclamando:

—¡Ah.... señores!....

—Señor Martín (dijo Guillermo); se sorprende V. de hallarnos aquí; pero es el caso que hemos podido llegar á esta sala casi á tientas y como por milagro. Con lo cual quiero decirle que deseamos ver cuanto antes sea posible á nuestro amigo Guillén.

El señor Martín movió lentamente la cabeza de un lado á otro. No quería decir que sí, ni que-

un momento, pero al fin se adelantó tímidamente, y como una sombra se deslizó también por detrás de la cortina. Por lo que hace al lacayo, lo vió desaparecer con ojos estúpidos, se encogió de hombros, y dando media vuelta, se dejó caer sobre un banco del recibimiento, quedando nuevamente dormido, si es que había llegado á despertarse.

Al entrar el Barón en la pieza inmediata, se detuvo, diciendo:

— ¡Esta es la casa de las tinieblas!... ¡Diablo! Aquí también nos encontramos á obscuras. Desde que pusimos el pie en esta casa, no vemos más que sombras.

En efecto: los dos balcones de la sala en que acababan de entrar, intermedia entre el comedor y las habitaciones de Guillén, estaban cerrados, no entrando más luz que la que permitían las junturas de las maderas. Dirigióse el Barón á uno de ellos y lo abrió, y la claridad del día se esparció por la estancia, dejando ver los dos grandes espejos que cubrían las paredes, cubiertos con grandes fundas de tela oscura.

Los dos amigos se miraron indecisos; no se determinaban á seguir adelante, detenidos por un secreto impulso que los contenía. Acaso se hallaban en presencia de un secreto que no tenían derecho á sorprender. Empezaban á advertir que se respiraba en aquella casa una atmósfera lúgu-

bre... que había allí, en aquella soledad, en aquellas sombras y en aquel silencio, algo sepulcral, algo pavoroso. Se detuvieron, pues, como el que se encuentra delante de una profundidad desconocida ó de una obscuridad inesperada... Tampoco era cosa de retroceder. Habían puesto la mano, por decirlo así, en la llave que guardaba el misterio, y experimentaban la doble atracción que el interés y la curiosidad ejercen.

Guillermo halló modo de salir de la perplejidad en que se encontraban, agitando el cordón de seda que pendía de la pared, junto á uno de los espejos enlutados. Inmediatamente resonó al otro lado del comedor la campanilla, atribulada como una voz que pide socorro, y un instante después se presentó el criado más antiguo de la casa, el jefe, digámoslo así, de la servidumbre del primo Guillén.

Al ver las personas que había en la sala, se detuvo, exclamando:

— ¡Ah... señores!...

— Señor Martín (dijo Guillermo); se sorprenden V. de hallarnos aquí; pero es el caso que hemos podido llegar á esta sala casi á tientas y como por milagro. Con lo cual quiero decirle que deseamos ver cuanto antes sea posible á nuestro amigo Guillén.

El señor Martín movió lentamente la cabeza de un lado á otro. No quería decir que sí, ni que-

ría decir que no; aquel movimiento era una especie de lamentación muda, y hasta dolorosa.

Guillermo y el Barón se quedaron contemplando al señor Martín, que con la cabeza caída y los brazos cruzados parecía un alma en pena, y el primero dijo:

—He ahí otra sombra.



XII.

APARICIONES.

El aspecto del criado era también lúgubre: con la boca entreabierta y la mirada triste, permanecía delante de los amigos del primo Guillén mudo é inmóvil. El Barón hizo un gesto de impaciencia, y luego, dirigiéndose al criado con cierta familiaridad, le dijo:

—Vamos á ver, señor Martín: ¿se puede saber qué espíritu maléfico ha convertido la casa de nuestro amigo en un sepulcro?...

—Señor Barón (contestó Martín arqueando las cejas): pasa aquí una cosa muy extraordinaria....

—¿Qué pasa?...

—¡Todos los días nos hace una visita!....

—¡Quién!—preguntó Guillermo.

El criado se rascó la frente como buscando la respuesta, y al fin contestó:

—¡Quién!.... ¡La prima!....

—Perfectamente (dijo el Barón). Nuestro ami-

go Guillén tiene una prima que lo visita todos los días. ¿Qué hay en ello de extraordinario?...

—Es que....

—¿Qué?

—Que esa prima hace ya dos años que está enterrada.

—¿De modo (advirtió Guillermo) que se trata de una muerta? Convengamos en que esto no deja de ser curioso; y si se añade que la difunta es joven y hermosa; que á pesar del sepulcro ha conservado la morbidez de los contornos y la pureza de las líneas; que se presenta, eso sí, pálida como la misma muerte, pero animada por sus grandes ojos negros, sus magníficas cejas y sus largas pestañas, entonces la originalidad del caso es incontestable: se trata sencillamente de una muerta viva.

Los ojos del señor Martín, desmesuradamente abiertos, expresaban el más profundo asombro.

—Así es.... así es (dijo): me parece que la estoy viendo.... ¡Oh! Aquellos ojos no se olvidan nunca.... Su mirada parece que penetra hasta los huesos....

Dicho esto, miró alternativamente á uno y á otro; advirtió que entrambos se sonreían, y añadió, mirándolos de hito en hito:

—¡Ah!.... ¡Vds. la conocen!

—Sí (se apresuró á decir el Barón); la conocemos: la hemos visto una vez en el teatro....

—¡En el teatro! (exclamó el señor Martín.)
¡En el teatro una mujer asesinada!....

—¿Asesinada?—dijo Guillermo.

—Esto es verdaderamente diabólico (observó el Barón). Guillén nos ha hablado alguna vez del fin desastroso de su prima, de una prima viuda y rica, de la cual ha sido único heredero. Parece que amaneció un día asesinada en su propio lecho.... por un extranjero que se fingía pintor de paisajes.

—Bueno (advirtió á su vez Guillermo). Quiere decir que la mujer asesinada ha vuelto del otro mundo. Por lo visto se ha encontrado, después de muerta, bastante joven y bastante hermosa, y ha querido dar una vuelta más por la vida.... ¿Y quién sabe?.... Acaso haya tenido que hacer gastos extraordinarios en esas regiones desconocidas, y venga á pedirle á su primo la herencia que no pudo llevarse, en atención á que la muerte la cogió dormida. Ello es que la muerta, digámoslo así, vive; que se encuentra á su heredero hecho un príncipe, se reconocen, se abrazan.... ¡Diablo!.... Un primo millonario bien puede hacer resucitar á una muerta, que al fin y al cabo posee hermosos ojos, magníficas cejas y espléndidas pestañas. Muy bien; pero eso no explica la obscuridad de esta casa, el silencio pavoroso de estas habitaciones, el luto de esos espejos.... Porque la muerta haya salido del sepul-

cro, no hay razón para que Guillén se entierre vivo.

—¡Chist! (dijo el señor Martín.) Esta es la hora de las apariciones.

—¡Soberbio! (exclamó el Barón.) Hemos llegado á tiempo. Vamos á encontrarnos de manos á boca con la prima asesinada. Debe ser una visión encantadora.

—Dejémosle el paso franco, —añadió Guillermo, colocándose delante de la puerta como quien espera una visita, y alzando la cortina para recibirla.

El criado hizo un ademán negativo, diciendo:

—La aparición no entra nunca por la puerta.

—¡Hola!... (dijo el Barón.) ¿Cae acaso por la chimenea?

—¡Phst! (contestó el criado); pero el hecho es que al principio se aparecía en los espejos... y hubo que cubrirlos... Después debió colarse por las ventanas y por los balcones... porque siguió apareciendo... y hubo que cerrar las maderas de todos los balcones y de todas las ventanas: ahora se conoce que penetra al través de las paredes, y á lo mejor asoma por detrás de una cortina, ó se presenta como una sombra en el primer rincón que encuentra á la mano.

—¿Y qué hace?...—preguntó Guillermo.

—¡Qué hace!... (repitió el señor Martín.)

¡Ah! Nosotros no la vemos....

—¿No?

—No.

—Se conoce (dijo el Barón) que la difunta visita á su primo de riguroso incógnito, y sólo á él le es permitido verla....

—Á él solo.

—¿Y quién anuncia su presencia?

—El mismo.

—¿Cómo?

—Da un grito repentino, se estremece todo, y señalando, ya á un punto. ya á otro, dice: «¡Allí está!... ¡allí!...» Mientras dura la aparición, parece que no ve nada de lo que le rodea, y habla solo. Habla de una noche terrible... de una sima sin fondo... de un hombre... de un señor Germán que cae en el abismo... Habla de sangre... de un gemido que por todas partes lo persigue... de unos ojos que siempre lo miran... Dice cosas espantosas, y por ellas sé yo que la muerta que se le aparece es la prima asesinada.—Luego suspira profundamente, como si despertara de un sueño penoso, y entonces me ve, y con voz apagada me pregunta: «¿Qué he dicho?...» —Nada, señor, le contesto yo por no afligirlo... No quiere ver á nadie; huye de todos; busca la obscuridad, como si quisiera esconderse: parece que la luz le aterra, y yo soy el único que le acompaño y le sirvo.

Ni el Barón ni Guillermo eran hombres á pro-

pósito para creer en apariciones; se consideraban bastante ilustrados para incurrir en semejante credulidad; pero, vamos, las últimas palabras del señor Martín parecía que habían nublado sus rostros, haciendo desaparecer las sonrisas burlonas que los animaban.

—Vamos á cuentas, señor Martín (dijo el Barón); V. dice que ha visto una vez la aparición.... ¿Cómo ha sido eso?

—La he visto (contestó el criado), lo mismo que lo estoy viendo á V.... No se me olvidará nunca. La cosa fué que pensamos huir lejos, muy lejos.... No quedaba otro recurso, y yo me encargué de preparar el viaje con el mayor sigilo, sin que lo entendiera la tierra.... Anochecer, y no amanecer.... Este fué nuestro plan. Una tarde salimos de casa, tomamos un coche de alquiler, y llegamos á la estación del Norte tres minutos antes que saliera el tren.... Buscamos un departamento que estuviese solo, porque á mí no me ocurrió la idea de tomar un coche reservado. Encontramos uno que parecía desierto; subí al estribo, miré por el cristal del ventanillo, y no había nadie. No había tiempo que perder, y abrí la portezuela....

Aquí se detuvo, como si no encontrara las palabras propias de lo que iba á decir; pero el Barón no pudo contener su impaciencia, y le dijo:

—Vamos.... abrió V. la puerta del coche, entró Guillén.... ¿y qué?

—No entró (se apresuró á contestar el criado). Al contrario; lanzó el grito de siempre, y retrocedió de tal manera, que, si no acudo á sostenerlo, hubiera caído de espaldas; se agarró á mí con ansia desesperada, como si la tierra se hubiese abierto delante de sus pies, y con voz sorda me dijo: «¡Allí está!.... ¡Allí!....» Seguí la dirección de sus ojos espantados, y sentí en mis huesos el frío de la muerte: en la puerta del coche que yo mismo acababa de abrir estaba la difunta, pálida como la cera, con su mortaja negra, con las manos cruzadas sobre el pecho, mirándonos con dos ojos que parecían dos abismos. No sé lo que pasó entonces; pero una mano que volaba por el aire cerró de un golpe la puerta del coche, sonó un silbido y un trueno que hicieron temblar la tierra.... Después, el tren había desaparecido, y nos encontramos solos en el andén: nos volvimos, y aquí estamos. La aparición no nos abandona.... Hoy (añadió bajando la voz) aún no ha venido.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1do. 1625 MONTERREY, MEXICO



XIII.

LA EVOCACIÓN.

APENAS acabó de pronunciar las últimas palabras, cuando resonó, al otro lado de la puerta que conducía á las habitaciones del primo Guillén, una especie de rugido, cuyo acento nada tenía de humano.... Guillermo y el Barón no pudieron oírlo sin estremecerse, y el señor Martín, asustado y tembloroso, exclamó:

— ¡El grito!... ¡Ahí está!... ¡Ya la tenemos! Ya lo hemos dicho: ni el Barón ni Guillermo podían creer en la realidad de semejantes apariciones. Si con sus propios ojos hubieran visto resucitar á un muerto, habrían encontrado razones de todas especies para desmentirse á sí mismos el testimonio de sus propios ojos; y, no obstante, al comprender que se hallaban en el

momento fantástico de aquella aparición increíble, dieron á la vez é involuntariamente un paso atrás, sintieron que la sangre se les agolpaba al corazón, y los dos palidieron.... ¡Oh! ¡qué puerilidades suele tener la naturaleza humana!

Martín, por el contrario, creía en la aparición como si la estuviera viendo.... y, en vez de retroceder, se adelantó para ir en socorro de su amo; pero antes de que llegara á la puerta, la cortina se descorrió con violencia, y apareció Guillén.

Su presencia causó en el Barón y en Guillermo el mismo asombro que les hubiera causado la aparición de la prima asesinada.... Aquél no era el hombre que habían visto la última vez en el teatro. Las mejillas hundidas, bañadas de lívida palidez, los labios temblorosos, las pupilas iluminadas por un fuego sombrío, daban á su semblante el aspecto horroroso de la ira desesperada. Con el entrecejo fruncido y los puños tendidos hacia adelante, en ademán amenazador, estaba espantoso, porque jamás la arruga tenaz de su frente se había presentado ni más rencorosa ni más ceñuda.

Sondeó con ansiosa mirada los ángulos de la sala, sin que sus pupilas, ciegas por la visión que llenaba sus ojos, vieran las personas que tenía delante.

— ¡Ah! (dijo, temblando en sus labios desco-

loridos la voz entrecortada y cavernosa.) Huyes... me temes.... Volveré á matarte, y no saldrás más de la sepultura.... Esta vez te ahogaré entre mis manos, y volverá á tragarte la tierra para siempre.... ¡Por qué me persigues!.... ¿Qué quieres?.... Pagué tu desprecio con mi venganza.... Estamos en paz. ¿Qué tienes tú ya que hacer en el mundo?....

Dió algunos pasos, como si sus pies se movieran por el impulso de un resorte, y se detuvo, pasándose la mano por la frente, como si quisiera arrancar de su memoria un pensamiento implacable. Guillermo y el Barón, atónitos y aterrados ante el espectáculo que presenciaban, se habían ido retirando maquinalmente, y Guillén pasó por delante de ellos sin conocerlos.

—Esto es imposible (siguió diciendo). Mis ojos la ven, y mis ojos me engañan.... Mis oídos la oyen, y mis oídos mienten. Yo soy mi único testigo, mi único juez y mi único verdugo.... ¡Me preguntas por M. Germán!.... Búscalo en el abismo más profundo de la tierra.... Quiso disputarme tu herencia, y tu herencia era mía.... Yo mismo lo conduje á la boca de la Sima, y cayó.... Aquella Sima no tiene fondo. Que se levante también del sepulcro; venid y acusadme. Mentira; los muertos no resucitan; los muertos no viven; los muertos no hablan; la justicia de los hombres no tiene oídos para los muertos.

Buscaba en la audacia de las palabras un refugio al terror de su alma.... creía huir de las sombras que lo perseguían, evocándolas... y, poseído del ciego valor del miedo, desafiaba á la Justicia Divina, escondiéndose detrás de la justicia humana.

Guillermo y el Barón permanecían mudos espectadores de esta escena. Habían visto más de lo que hubieran querido ver, y, sin embargo, aún no lo habían visto todo. El señor Martín espiaba los movimientos de Guillén, arqueando las cejas de vez en cuando, dominado por una angustia indecible; las palabras de Guillén resonaban en sus oídos de un modo pavoroso.... Éste, por su parte, se hallaba en medio de la sala con la cabeza erguida y los brazos cruzados.

Entonces la figura humana que vimos entrar en el recibimiento y deslizarse después detrás del Barón y de Guillermo, se adelantó lentamente, y fué á colocarse delante de Guillén.... Los dos primeros lo miraron con extrañeza, porque habían olvidado la presencia en la sala de aquel nuevo personaje; y en verdad que su semblante pálido y severo, su vestido negro y su aire de profunda melancolía, formaban una figura que ciertamente no se despegaba del cuadro.

Pero bien: ¿qué quería aquel hombre, de todos desconocido? ¿Qué significaba aquella presentación inesperada en aquel momento?....

Guillén exhaló un largo gemido, se agitaron sus párpados, como si quisieran disipar las últimas sombras de oscuridad en que sus ojos se hallaban sumergidos, y miró á su alrededor con espanto.... ¿Dónde estaba? ¿Qué gentes eran las que veía en su presencia?... ¿Cómo allí Guillermo?... ¿Cómo allí el Barón?... ¿Cómo?... La expresión de su semblante hacía á la vez todas esas preguntas.

De pronto sus ojos se clavaron en el personaje desconocido, con tal ímpetu, que parecía que iban á salirse de las órbitas; temblaron sus labios, crujieron á la vez todos los huesos de su cuerpo, se crisparon sus manos y se erizaron sus cabellos, y, dando un paso atrás, como si hubiera visto ante sus pies la profundidad de un abismo, tendió los brazos, y se escapó de su boca contraída esta exclamación tenebrosa:

— ¡Él!... ¡M. Germán!....

— Sí (contestó el personaje desconocido, con voz penetrante). Sí; los muertos resucitan, los muertos viven, los muertos hablan; la justicia de los hombres puede tener también oídos para los muertos. Yo soy M. Germán. Vds. (añadió, dirigiéndose á los amigos de Guillén) darán, como hombres honrados, testimonio de lo que han oído.

Verdaderamente era M. Germán, puesto que Guillén lo había reconocido; pero M. Germán

con las mejillas más pálidas y menos redondas, con sus ojos pardos más tristes, con sus cabellos castaños menos ensortijados, y su barba fina y casi rubia, pero más prolongada. M. Germán era, sin duda, aunque más erguido, más alto.

Guillén se replegó sobre sí mismo para lanzarse sobre aquella visión que él mismo había evocado; mas le faltaron las fuerzas, se llevó las manos á los ojos, y cayó desplomado. El señor Martín, Guillermo y el Barón acudieron á socorrerle.... Cuando lo levantaron, vieron que estaba sin conocimiento, y vieron también que M. Germán había desaparecido.



XIV.

CONVICTO Y CONFESO.

A todo esto, el proceso permanecía abierto, esperando al culpable del asesinato de Rosalía Guillén y Guillén, viuda de Guillén, sentenciado á muerte en rebeldía. Mas el Juez, que había dictado aquella sentencia conformándose con la petición fiscal, pasaba muy malas noches. En medio del sueño, se le aparecía el proceso obscuro como un abismo, en cuyo fondo veía algo que no acertaba á distinguir, y de día hojeaba el sumario, compulsaba las declaraciones, pesaba y medía los más insignificantes pormenores, buscando algún rastro de aquello que veía de noche en el misterio de sus sueños.

La ley que llamamos criminal, encargada de la averiguación y castigo de los delitos, se ha